



Desmenuzando unos textos empapados de vida

Amós, del que se nos narra su vocación en la lectura primera, es un profeta que nació en el s. VIII antes de Cristo, en Técoa, un pueblo cercano a Belén no muy lejos de Jerusalén. Es un hombre sencillo y de quehaceres humildes: pastor y cultivador de sicomoros (higos). Dios lo elige y lo envía con una tarea muy concreta: invitar a sus contemporáneos a que busquen al Señor de todo corazón y encuentren en él la fuente de su gozo.

Pero...¿qué es un profeta en la Biblia? Una persona de fe que pertenece al pueblo de Dios, y que ha recibido el encargo de anunciar la verdad del Señor en un contexto específico. El término proviene del latín tardío **propheta**, del griego prophetēs/προφήτης (palabra compuesta de pro (πρό), que significa “*en nombre de*”, y phemí (φημί) “hablar”, o más propiamente: “*sacar a la luz*”; en hebreo se dice nabi (נביא), que significa “*aquel que es llamado hombre de Dios*”; “*el que habla en nombre de otro*”.

Es escogido para hacerlo instrumento de su designio salvador, y la primera reacción del elegido es la conciencia de la propia incapacidad. Es lo que aconteció con Amós como lo recoge la lectura primera.

Es esto, precisamente, lo que hace que la figura del profeta tenga una importancia menor frente al mensaje que anuncia. Sin embargo, no puede ser un individuo separado del pueblo que Dios ha elegido y formado; o alguien que habla su propia verdad en lugar de la verdad divina. Es, en definitiva, lo que se recuerda en la oración colecta de este domingo decimoquinto



del tiempo “*per annum*” donde se dice: “*Oh, Dios, que muestras la luz de tu verdad a los que andan extraviados para que puedan volver al camino...*”. La misa, de la que se ha tomado esta colecta, lleva por título “*pro errantibus*”, es decir: por quienes se han extraviado. Posiblemente haya sido escrita por el papa Gelasio (+496). En ella se pide verse libres de caer en comportamientos incompatibles con el bautismo.

Semejante encargo es el que hace Jesús, en el evangelio de hoy, a todos los que le siguen. Para este quehacer hemos sido elegidos y enviados todos los bautizados. ¿Cómo hacerlo? En estos días pasado, el jueves en concreto, se ha celebrado la fiesta de san Benito, patrono de Europa por la tarea evangelizadora que llevaron a cabo todos aquellos que siguieron sus huellas. En sus escritos, y en concreto en su estilo de vida que dejó pautado en la Regla, podemos descubrir unas orientaciones claras para el ejercicio profético.

1º **Escuchar inclinando el corazón** (cfr. Prol. 1)

2º Ser **artesano de paz y de unidad**, buscando y conservando la verdad en la caridad (cf. RB, Prol. 17; 4, 25; 65, 11).

2º **Respeto por la persona**. San Benito, fiel al Evangelio, nos exhorta a “*honrar a todos los hombres*” (RB 4, 8), porque Cristo está presente en todo ser humano.

3º **Cuidar del entorno**. Usar bien las cosas y no tratarlas mal o con dejadez. Como si fueran vasos sagrados del altar (cf. RB 31, 10).

4º **La estabilidad** que tiene que ver con un corazón firmemente fundado en la roca que es Cristo, al que

absolutamente nada debe anteponerse (cf RB 72, 11), a su Evangelio -guía segura en el diario vivir (cf RB, Prol. 21)- y siempre muy ligado a una comunidad que es la Iglesia diocesana a la que se pertenece por el bautismo, y en la que se vive el don de la fe.

5º **Celebrar los misterios de la fe con humildad y respeto**. San Benito cuida mucho la liturgia (cf. RB 30, 1), que no es un espectáculo, sino expresión de quien se sabe peregrino y cree en el amor y el perdón.

Son caminos que se nos abren y que han de ser recorridos con **corazón dilatado** (cfr. Prol 49), es decir: valentía y sinceridad. De este modo alejaremos cualquier tentación de caer en la sutil hipocresía, que viene a ser como una especie de “**cinismo disfrazado**”, y que se manifiesta en:

1º La **hipocresía psicológica** de quienes ocultan su personalidad para protegerse de la agresión de los demás.

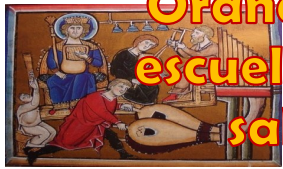
2º El **narcisismo ético** de quienes traicionan sistemáticamente las cualidades profesadas.

3º **Oportunismo autocomplaciente y moralismo hipócrita**.

Todo esto destruye por dentro la dimensión profética de la vida cristiana.

¿Cómo se cura? Tomando conciencia de la propia verdad. Un ejercicio espiritual que nos lleva a decir: “**¡Mira, Señor, cómo estoy!**”; reconociéndolo con humildad”.





Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sal 84, 9ab10.11-12. 13-14 (R/: 8)

**Voy a escuchar lo que dice el Señor:
«Dios anuncia la paz
a su pueblo y a sus amigos**

y a los que se convierten de corazón»

10La salvación está cerca de los que lo temen,

y la gloria habitará en nuestra tierra;

11la misericordia y la fidelidad se encuentran,

la justicia y la paz se besan;

12La fidelidad brota de la tierra,

y la justicia mira desde el cielo.

13El Señor nos dará la lluvia,

y nuestra tierra dará su fruto.

14La justicia marchará ante él,

y sus pasos señalarán el camino.

En este día, y como fruto de la palabra proclamada, que se hace invitación a volver a Aquel que nos busca y que sale a nuestro encuentro, la liturgia pone en nuestros labios, a fin de que se transforme en sentimiento sincero en nuestro corazón, esta súplica: : *“Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación”*. Dios se hizo hombre y está entre nosotros. Vino para darse a conocer, se convirtió en nuestro hermano. Podría haber venido como Dios revestido de gloria, esplendor, luz, poder. En cambio, vino como el más pequeño, el más frágil, el más débil, para que nadie tuviera miedo, para que todos pudieran tenerlo cerca y cancelar todas las distancias. Había en él un esfuerzo por hundirse, por hundirse en nosotros, para que cada uno

de nosotros pudiera sentirse pensado por Dios y por Dios amado. Es la gran palabra –la encarnación– en la que se encierra todo el cristianismo. Construido este salmo sobre el verbo hebreo shub (שׁוּב), que significa “retorno”, es decir, conversión y por tanto restauración de una realidad dañada y hundida. Es lo que camino que muestra Jesús en el evangelio.

La tradición cristiana releyó este cántico del “regreso” de Israel a su tierra y a su Dios, y del “regreso” de Dios a Israel, su esposa, como la celebración del abrazo perfecto en Cristo entre la naturaleza humana y divina. Todo esto se puede resumir aún más en el incipit del Salmo según la Vulgata: “*Señor, has bendecido tu tierra*”. Dios Padre ha elegido y enviado a su Hijo Jesucristo para bendecirnos: en él Dios ama y bendice esta tierra nuestra que también es suya, en la que definitivamente ha establecido su morada.

Comprender y creer en este amor, y leer la vida de Cristo en esta clave, es lo que puede redimirnos de nuestras locuras y abrirnos a su reino. Es la respuesta que se pone en nuestro corazón al oráculo del profeta Amós. Más aún: Yahvé está construyendo su reino, y no puede faltar nuestra vida cristiana vivida en dimensión profética.

Hesiquio de Jerusalén (s. IV), comentando el verso décimo escribirá: *“la misericordia y la fidelidad (verdad), la divinidad y la humildad se han encontrado en un abrazo de amor”*.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis

DOMINGO XV “PER ANNUM” “B”



Un texto para guardar en la memoria del corazón

Amós 7, 12-15

En aquellos días, Amasías, sacerdote de Betel, dijo a Amós: «Vidente: vete, huye al territorio de Judá. Allí podrás ganarte el pan, y allí profetizarás.» Pero Amós respondió a Amasías: «Yo no soy profeta ni hijo de profeta. Yo era un pastor y un cultivador de sicomoros. Pero el Señor me arrancó de mi rebaño y me dijo: “Ve, profetiza a mi pueblo Israel”.

Marcos 6, 7-13

En aquel tiempo, llamó a los Doce y los fue enviando de dos en dos, dándoles autoridad sobre los espíritus inmundos. Les encargó que llevaran para el camino un bastón y nada más... que llevarsen sandalias, pero no una túnica de reemplazo. Y decía: «Quedaos en la casa donde entréis, hasta que os vayáis de aquel sitio. Y si un lugar no os recibe ni os escucha, al marcharos sacudíos el polvo de los pies, en testimonio contra ellos». Ellos salieron a predicar la conversión, echaban muchos demonios, ungían con aceite a muchos enfermos y los curaban algunos enfermos imponiéndoles las manos. Y se admiraba de su falta de fe. Y recorría los pueblos de alrededor enseñando.